

das y vagas; nada de nuevo, nada que merezca ser considerado como una teoría.

En el momento en que la municipalidad entró en posesión en 1790 de los conventos y otros edificios eclesiásticos, Marat propuso establecer talleres para los pobres y meter á las familias indigentes en las celdas, dándoles los lechos de monjes y religiosas. Pero ninguna conclusión general relativa al trabajo dirigido por el Estado.

Cuando la miseria de París y las demandas de aumento de salarios llamaron su atención, ¿propuso algún remedio nuevo? Nada más que restablecer los antiguos aprendizajes, largos y rigurosos, exigir pruebas de capacidad para ejercer los oficios y dar á los obreros que se condujeran bien durante tres años los medios de establecerse. Y no daba más detalles ni decía de dónde habían de sacarse los fondos inmensos que se necesitaban para dotar así á poblaciones numerosísimas.

En otra ocasión aconsejó á los indigentes que se asociaran con los soldados y se hicieran asignar de qué vivir sobre los bienes nacionales. También aconsejó que se partieran «las tierras y las riquezas de los miserables que ocultan su oro para forzar por el hambre al pueblo á sufrir de nuevo el yugo.»

Demostrado queda que Marat en 1790, cuando toma sobre el pueblo una autoridad tan terrible, no había expuesto una teoría general ni un principio en que se fundara su autoridad.

Veamos sus precedentes, busquemos en las obras de su juventud, para ver si por azar hay en ellas algo que justifique su prestigio.

Marat ó Mara, originario de Cerdeña, nació en los alrededores de Neuchatel, siendo suizo de nacionalidad, como Rousseau, que nació en Ginebra.

Tenía diez años Marat en 1754, cuando Rousseau, su glorioso compatriota, publicó su discurso sobre «La ilegalidad.» Rousseau, después de veinte años de trabajo, en los cuales había conquistado el cetro de la opinión en fuerza de persecuciones y destierros, tuvo que buscar un asilo en Suiza, refugiándose en el principado de Neuchatel. El interés ardiente de que era objeto, los ojos de todo el mundo fijos sobre él, el fenómeno de un hombre de letras haciendo olvidar á todos los reyes, sin exceptuar á Voltaire, el entermecimiento de las mujeres, que adoraban á Rousseau por sus novelas sentimentales y le amaban públicamente, todo esto impresionó profundamente al pequeño Marat.

Tenía éste una madre muy sensible, muy ardiente, que solitaria en el fondo de aquella aldea de Suiza, virtuosa y romántica, dedicó todo su entusiasmo á hacer de su hijo un grande hombre, un Rousseau. Su marido, ministro protestante, digno, sabio y laborioso, la secundó en sus propósitos, depositando todo lo que pudo de su ciencia en la cabeza del niño. Esta concentración de esfuerzos tuvo por resultado natural caldear de un modo alarmante aquella joven inteligencia.

La enfermedad de Rousseau, el orgullo, se manifestó en Marat,

pero exaltada á la décima potencia. Copiando al ídolo, Marat fué como el mono imitador de Rousseau.

El mismo lo confiesa en un artículo de *El Amigo del Pueblo*. «A los cinco años yo hubiera querido ser maestro de escuela; á los quince profesor; autor á los dieciocho y genio creador á los veinte.» Más adelante, después de haber hablado de sus trabajos en las ciencias naturales, veinte volúmenes según él de descubrimientos físicos, dice con la mayor seriedad: «En mis libros creo haber expuesto todas las combinaciones del espíritu humano sobre la moral, la filosofía y la política.»

Como Rousseau y como la mayoría de las gentes de su país, Marat abandonó muy joven la casa paternal para buscar fortuna, llevando con su almacén mal ordenado de conocimientos diversos, el talento más aprovechable de fabricar algunos remedios empíricos para ciertas enfermedades. Todos estos suizos de la montaña tienen algo de botánicos y de drogueros. Marat se daba ordinariamente el título de doctor en medicina. Nunca se supo con certeza si realmente existía el título.

Entrando en unas casas como preceptor ó maestro de lenguas y en otras como médico, tuvo ocasión de insinuarse cerca de algunas mujeres, imitando en esto á su ídolo Rousseau. Durante algún tiempo vivió en intimidad con una marquesa que vivía separada de su marido, el cual le había hecho contraer una enfermedad. La dama fué más sensible al sentimentalismo del joven médico que á su figura, pues Marat era feo, de estatura muy pequeña, la cara larga y huesosa y la nariz algo aplastada. Bien es verdad que poseía excelentes cualidades, como eran el desinterés, la sobriedad, una fuerza infatigable para el trabajo y un ardor extraordinario para todo, hijo de la vanidad, que era en él la pasión dominante.

La Suiza ha proveído siempre á la Inglaterra de amas de llaves y de maestros de lenguas. Marat, en 1772, enseñaba el francés en Edimburgo. Tenía entonces veintiocho años; había escrito mucho, pero no había publicado nada. En este año se acabó la publicación de *Las cartas de Junius*, los folletos ruidosísimos y misteriosos de los cuales nadie ha sabido quién fué el autor y que dieron un golpe terrible al ministerio de aquel tiempo. Las nuevas elecciones estaban próximas é Inglaterra vivía en la mayor agitación. Marat, que había visto el triunfo del folletista Wilkes, llegado de un golpe á lord maire de Londres, escribió en inglés un folleto, que como los de Junius, resultó interesante por ser anónimo, titulado *Las cadenas de la esclavitud*.

Este libro era una improvisación rápida; el plan no resultaba malo, pero desgraciadamente el estilo era pesado y declamatorio y los puntos de vista completamente falsos. Marat demostraba no conocer la Inglaterra. En su folleto veía todo el peligro de parte de la Corona, ignorando que Inglaterra es ante todo una aristocracia, y que ésta se halla por encima de los monarcas.

Acababa de aparecer en Londres un libro francés que hacía mucho

ruido: una obra póstuma de Helvetius titulada *El hombre*. Marat no perdonó la ocasión de hacerse de notar, y en 1773 publicó en inglés un volumen en oposición al de Helvetius, titulándolo de *El hombre y tratando de los principios y las leyes, de la influencia del alma sobre el cuerpo y del cuerpo sobre el alma*.

Si la obra merecía un crítica, lo primero que debía tacharse en ella era la indecisión. En ninguna de sus partes toma Marat la actitud de un fiero discípulo de Rousseau contra los filósofos.

Al azar, hay en sus páginas algunos débiles ataques contra el viejo Voltaire, jefe de los filósofos. A estos ataques contestó el malicioso viejo con un artículo ingeniosísimo y gracioso, en el que Voltaire mostró á Marat tal como era, charlatán y ridículo. «Es arlequín que hace la cabriola para dar gusto al público de las galerías.»

Aunque Marat habló mucho del prodigioso éxito de sus libros en Inglaterra y de las montañas de oro que le habían producido, lo cierto es que regresó á Francia más pobre que nunca y que tuvo que vender sus remedios como un charlatán en las plazas de París.

Pero un médico casi espiritualista como él era, forzosamente había de gustar á la corte, y su libro de medicina galante había obtenido algún éxito entre los jóvenes que formaban la corte del conde de Artois.

Marat acabó por entrar en la casa del joven príncipe, primero con el humilde empleo de médico de sus caballerizas, y después con el título más elevado de médico de sus guardias de corps.

Este era uno de los lados más tristes del antiguo régimen. Pocos, muy pocos de los hombres de letras, de los sabios que resultaron después hombres políticos, pudieron en los principios de su carrera pasar sin una alta protección: todos tuvieron necesidad de patronato. Brissot tuvo que vivir á expensas del duque de Orleans; Vergniaud fué educado por la protección de Turgot; Robespierre por el abate de Saint-Vaast; Desmoulins por el cabildo de Laon, etc., etc.

Marat tuvo que recurrir á la protección del conde de Artois, impulsado por la miseria, y en su casa estuvo doce años.

En esta nueva posición se propuso no leer ninguna publicación política ó filosófica, dedicándose por entero á las ciencias. Su genio belicoso, que le había empujado contra Voltaire y los filósofos, le impulsó ahora, al encerrarse en la ciencia, contra el gran Newton. Intentó nada menos que derribar á este dios de su capilla, precipitándose en una locura de experiencias desordenadas, apasionadas, ligeras, creyendo destruir la *óptica* de Newton, que comenzaba por no comprender.

Fiábase poco de los sabios franceses, y aprovechando la estancia de Franklin en París, le invitó á presenciar sus experiencias. Franklin admiró su destreza, mas no fué del mismo parecer en cuanto á sus teorías, y Marat, ofendido por esto, se dedicó á trabajar contra Franklin con el mismo ardor que contra Newton.

Quiso destruir su teoría sobre la electricidad, y para apoyarse en el voto de un hombre ilustre, invitó á Volta á visitar su estudio para juzgar por sí mismo los errores de Franklin. Volta no dió su aprobación á ninguno de sus trabajos y Marat le comprendió en su odio.

El físico Charles, célebre por el perfeccionamiento del areostato, contó muchas veces á uno de mis amigos, sabio muy ilustre, que había sorprendido un día á Marat en flagrante delito de charlatanismo. Marat pretendía haber encontrado que la resina conducía perfectamente la electricidad. Charles, al presenciar el experimento, tocó la resina y percibió una aguja oculta en ella, lo que daba la explicación del misterio.

La Revolución encontró á Marat en la casa del conde Artois, en el centro de los abusos y de las prodigalidades, en medio de una nobleza joven é insolente, es decir, en el lugar donde mejor podía conocerla y odiar al antiguo régimen. Repentinamente, sin transición, Marat se encontró lanzado en pleno movimiento. Acababa de regresar de un viaje á Inglaterra cuando se verificó la explosión del 14 de Julio. Su imaginación quedó esclavizada con este espectáculo sublime; la embriaguez le ganó el cerebro y no le abandonó más. Su vanidad quedó profundamente turbada por un azar que le permitió desempeñar un papel en la gran jornada. En una nota que Marat envió á los periodistas después del 14 de Julio, Marat declara que este día se encontraba entre la muchedumbre que cubría el puente Nuevo. Un destacamento de húsares intentó pasar, y Marat, sirviendo de orador á la turba, les ordenó que depusieran las armas, orden que juzgaron conveniente no obedecer. Marat en su nota se contentaba, comparándose modestamente con Horacio Cocles, que solo sobre un puente detuvo á todo un ejército.

Descontento de los periodistas porque no publicaron todos los elogios que á sí mismo se tributaba, Marat vendió cuanto tenía, hasta las sábanas de su cama, para comenzar la publicación de un periódico. Ensayó muchos títulos y por fin encontró uno excelente, *El Amigo del Pueblo ó el publicista parisién, diario político é imparcial*. A pesar de su estilo, muchas veces ridículo y siempre declamatorio, Marat alcanzó éxito. Su secreto fué partir, no del tono habitual de los folletos y los diarios franceses, sino de las gacetas que nuestros libelistas refugiados hacían desde Inglaterra ó desde Holanda, de *El gacetero acorazado* de Morande y otras publicaciones igualmente desenfrenadas. Marat, como ellos, daba toda clase de noticias secretas, de escándalos y de ataques personales; se abstenía de teorías abstractas ininteligibles para el pueblo, que todos los otros periodistas cometían la torpeza de querer hacer leer; hablaba poco del exterior y poco de los departamentos, que era el tema único del diario de los jacobinos. El se limitaba á París, al movimiento de París, á las personas sobre todo, que acusaba y designaba con la terrible ligereza de los libelistas que le servían de modelo.

Había, sin embargo, una terrible diferencia. Los escándalos periodísticos de Morande no tenían más objeto que sacar á las gentes designadas algunas talegas de escudos: los de Marat, más desinteresados, pero más terribles, enviaban las gentes á la muerte. El que era nombrado por él de buena mañana, podía estar guillotinado por la noche.

Asombra que esta violencia uniforme, siempre la misma, esta monotonía furiosa, que hace la lectura del periódico de Marat fatigante en extremo, no cansara al público y le alejase de él. Nada de medias tintas; todo extremado, excesivo, siempre los mismos motes, *infame, miserable*; siempre la misma cantinela, *la muerte*. No hay más cambio que en la cifra de las cabezas que hay que cortar: 600 cabezas, 10.000 cabezas, 20.000 cabezas, hasta que se detiene en la cifra singularmente precisa de 270.000 cabezas.

Esta uniformidad monótona, que parece debía fastidiar al público, sirve de mucho á Marat; le da la fuerza, el efecto de una campana que toca siempre y toca lo mismo: el toque de difuntos. Cada mañana, cuando apenas comienza á amanecer, las calles retruecan con los gritos de los vendedores: «¡Aquí está *El Amigo del Pueblo!* ¿Quién quiere *El Amigo del Pueblo?*» Cada noche escribe Marat ocho páginas en 8.º que se venden por la mañana, y á cada instante se desborda, el cuadro le resulta estrecho, y por la noche publica otras ocho, dando dieciséis páginas á cada número. Pero esto aún le parece poco, y el número comenzado á imprimir con caracteres gruesos es terminado con los más pequeños, para concentrar más materia, más injuria, más furor. Los otros periodistas producen por intervalos, se relevan buscan ayuda: Marat jamás. *El Amigo del Pueblo* es todo de la misma mano, no es simplemente un diario, es un hombre, una persona.

¿Cómo puede realizar él solo este trabajo enorme? Una palabra lo explica todo. El no abandona jamás su mesa; él va raramente á la Asamblea ó á los clubs. Su vida no tiene más que una función: escribir. ¿Y después? Escribir, escribir siempre, lo mismo de noche que de día.

La policía, persiguiéndole desde sus primeros escritos, le presta el servicio de obligarle á vivir oculto, encerrado, libre de toda preocupación, para dedicarse al trabajo; esto redobla su actividad.

El pueblo se interesa vivamente por su Amigo, perseguido por él, fugitivo y en peligro. En realidad el peligro era poca cosa. La vieja policía de Lenoir y de Sartine no existía ya. La nueva, mal organizada, incierta y tímida, en las manos de Bailly y de Lafayette, no ejercía ninguna acción seria. La guardia nacional retribuída, que era la principal fuerza pública, estaba compuesta en su mayor parte de antiguos guardias franceses, vencedores de la Bastilla, que desempeñaban á regañadientes el papel de soldados de policía.

Marat experimentaba, siempre oculto y mudando con frecuencia de encierro, los azares de una vida errante. Su traje siempre estrambótico, demostraba su excentricidad de carácter. Sucio habitualmente,

algunas veces experimentaba caprichos por un lujo parcial: por ejemplo, usaba magníficos chalecos de satín blancos con una corbata grisenta y una camisa sucia. El retorno de la fortuna, que siempre cambiaba á los hombres, no produjo ningún resultado sobre él. Su vida mal sana, irritante, en encierro perpetuo, conservó entero su furor. Veía siempre el mundo á través del ventanillo de la cueva en que vivía, del mismo color que los muros húmedos y sombríos de los cuales su cara parecía haber tomado el tinte. Esta vida le gustó á la larga; estaba satisfecho del efecto fantástico y siniestro que daba su nombre. Desde el fondo de esta triste noche él se sentía reinar; desde abajo juzgaba él sin apelación al mundo de la luz, al reinado de los vivientes, salvando á unos y conduciendo á otros. Sus decisiones se extendían hasta los asuntos particulares. Los asuntos de las mujeres parecía que le eran especialmente gratos. Con gran ardor protegió á una religiosa fugitiva á quien no conocía y tomó parte en favor de una dama en la querrela contra su marido, dirigiendo á éste las más terribles amenazas desde su periódico.

Una vida así, aparte, excepcional, que no permite al hombre comprobar el valor de sus ideas con el trato de otros hombres, acaba por producir visionarios. Por esto Marat en ciertos momentos se creía un profeta, dueño de los misterios del porvenir. Profetizaba todos los días, y la gente le creía. Hay que tener en cuenta la singular disposición de los espíritus; las miserias extremas hacen crédulos á los pueblos é impacientes por conocer el porvenir. Cosa curiosa, nadie veía que el profeta se engañaba á cada instante. En cambio si acertaba todos se hacían lenguas de la exactitud de las palabras del profeta. Hasta los mismos periodistas, que no sentían celos ni espíritu de rivalidad ante un hombre al que consideraban como un loco sin trascendencia, no tenían inconveniente en elogiarle y le llamaban el *divino* Marat.

Muchas veces su excesiva desconfianza le convirtió en un modelo de buen sentido y penetración. El día, por ejemplo, en que Luis XVI sancionó el decreto que exigía el juramento á los sacerdotes, Marat le dirigió palabras llenas de lógica y buen sentido. Le recordó su educación y sus precedentes de familia, para acabar preguntándole por qué sublime virtud había merecido de Dios el estupendo milagro de librarse de todos los prejuicios del pasado y resultar sincero.

Pero estos relámpagos de buen sentido resultan raros. Lo más frecuente en él, entre sus gritos de furor, son los accesos de charlatanismo, las promesas delirantes, que sólo un loco podía formular: «Si yo fuera tribuno del pueblo—decía en uno de sus artículos—y estuviera sostenido por algunos miles de hombres determinados, yo respondo que en seis semanas la *Constitución sería perfecta*, que la máquina política marcharía mejor, que ningún granuja político osaría ponerla en peligro, que la nación sería libre y feliz, que en menos de un año ya sería floreciente y rica y que continuaría siéndolo mientras yo viviera.»